

---

---

## RECUERDOS DE DESTIERRO.

---

### I.

#### RETÉN DE MADRUGADA.

24 de Agosto de 1883.

Es muy de mañana en Anam, en una bahía de costa. Nuestro barco está fondeado mar adentro. Estoy de retén, y el servicio me llama á ir en comisión á un pueblecillo que debe encontrarse situado por allí cerca y que se llama Tuzane.

Se trata de coger al jefe mandarín y de traerle á bordo á que haga su visita de sumisión, á fin de que puedan establecerse relaciones de amistad entre nosotros y esta provincia, de cuya custodia nos han encargado.

La bahía es grande y hermosa. Está rodeada de

altas montañas sombrías, excepto por el fondo, donde no hay más que una faja completamente plana, como el trozo de un paisaje diferente que se hubiera colocado allí, á falta de otra cosa, para rematar de alguna manera.

Y según parece es en el fondo aquél, en aquella llanura, donde hemos de encontrar á Tuzane, á la orilla de un río, cuya entrada no vemos siquiera.

Seis gavieros, cuya elección se me ha concedido, son los que me acompañan en esta empresa. Verdaderos marinos, de buena raza, y además bien armados: lo suficiente para imponerse á toda una ciudad de Asia.

Comienza á amanecer, y partimos en balenera.

Ninguno de nosotros ha visto nunca á Tuzane, y no deja de tener gracia el ir así, de madrugada y recién levantados, á imponer la ley á aquel rincón desconocido.

Las cimas de las montañas han enganchado algunas nubes que forman cúpulas sombrías; pesadas masas de obscuridad están amontonadas encima de nuestras cabezas.

Al contrario, en la llanura, por encima de aquella faja de tierras bajas á donde nos encaminamos, se admira el vacío luminoso y profundo del cielo. También hay una cosa extraña que se dibuja como una silueta; es la «Montaña de mármol», que no se parece á ninguna otra; su forma es especial y se eleva á lo lejos, sola en la llanura. Muy intensa en su color, hace, en medio de aquellas arenas, el efecto de cosa anormal: ruina, demasiado grande; montaña, excesivamente rara. No se puede saber á cuál de ambas cosas compararla. Ella es el punto que excita la atención, la nota extraordinaria, la extravagancia del paisaje. Al cabo de una hora de marcha, la tierra se ha acercado mucho, como es natural. Deja ver detalles que á primera vista parecen insignificantes; una serie de dunas bajas, regulares, con árboles como los nuestros. Ahora se distingue el sitio por donde se abre el río, una hondonada entre dos cabos areniscos, con una casita á la entrada.

El paisaje se va pareciendo á las costas bajas del golfo de Gascuña, de la Saintonge, por ejemplo, y á cierta distancia podría creerse que se

iba á llegar á algún puentecillo de Francia. De cuando en cuando agrada forjarse una ilusión semejante, cuando se presenta ocasión para ello.

Pero la casa de que hablábamos hace un momento se va haciendo estrambótica, gesticulante; su tejado de líneas curvas se eriza con toda suerte de cosas diabólicas; tiene cuernos, garras, y en medio la gran flor de loto de las pagodas..... ¡Ah!..... ¡Es Buddha!..... ¡Es la extrema Asia!..... Entonces la noción de la ausencia y de la enorme distancia vuelve á nosotros de pronto, á nosotros, que la habíamos perdido.

Alrededor de la vieja pagoda silenciosa levantan por todas partes sus espinas los aloes gigantes, como plantas malignas. Hay pebeteros colocados acá y allá en banquillos caducos, que son altares búddhicos. Una tapia está colocada delante como una pantalla, al borde del agua, para cubrir el camino del santuario; figura en ella el bajo relieve polícromo de un animal de los que se ven en sueños, retorcido, lleno de garras, mostrándonos las uñas en una contorsión feroz; en el friso un murciélago horrible aplica sus alas de

piedra y nos saca una lengua pintada de rojo. En el suelo, una tortuga de loza levanta su cabeza y nos mira; y así van apareciendo ante nosotros otros monstruos pequeños, inmóviles, en postura de acecho, recogidos sobre sí, como si fuesen á saltar. Todo aquel mundo es viejo, está carcomido por el tiempo y por el polvo, pero su actitud es viva y su expresión maléfica, como si nos dijeran: «Somos espíritus que guardamos hace ya mucho la entrada de este río, y hacemos mal de ojo á los que pasan.....»

No hay para qué decir que, á pesar de eso, nosotros pasamos. Por lo demás, no hay nadie en ninguna parte. Un gran silencio, una atmósfera de abandono.

He aquí un montón de cañones (cañones franceses de 30, fáciles de reconocer, de aquellos, sin duda, que los Tratados de 1874 cedieron al rey de Tu-Duc). Allí están, tirados, inutilizados en la arena, bajo techumbres de paja. Hay también un montón de áncoras y de cadenas de hierro, pareciendo indicarnos una especie de intención de impedirnos el paso del río.

Un gran fuerte con fosos se ve después: sus cimientos están invadidos por las hierbas, ananas silvestres, cactus. En el extremo de un palo un monstruo de madera dorada lleva en la boca el pabellón de Anam, que pende sin flotar en el aire inerte y cálido. El sol, que apenas acaba de salir, ya quema.

Nadie, no se ve á nadie. Sin duda es muy de mañana y la gente está aún durmiendo.

Sin embargo, sí, ¡hay un centinela que vigila! Uno de mis marineros es quien, mirando al aire, distingue este hombre sobre nuestras cabezas, en una especie de mirador montado sobre cuatro pies de madera, como esas garitas de vigilantes que se ven en las estepas cosacas. Está agachado allí en su pequeña casilla al lado de un tam-tam enorme. Lleno de harapos; parece una vieja con su traje y su moño.

Nos mira pasar conservando la inmovilidad de un bonzo, volviendo los ojos, pero sin mover la cabeza.

El río se abre delante de nosotros bastante derecho, bastante ancho. Algunos champanes de alta

proa, de largas entenas, están amarrados á las dos orillas, y un poco en lontananza aparece Tuzane: casas con tejado de teja ó cubierta de paja, desparramadas al azar entre los árboles; enseñas chinescas en el cabo de los ástiles, grupos de bambris, miradores, pagodas. Todo aquello nos parece pequeño y miserable; es verdad que se prolonga mucho por el verde del fondo; pero, sin embargo, esperábamos una ciudad más grande.

Una persona desde la orilla nos hace señas con la mano, invitándonos á ir.

¿Quién nos llama con aquellos graciosos gestos de abanico? ¿Un hombre ó una mujer? En aquel país nunca puede distinguirse esto: gastan el mismo traje, el mismo moño, la misma fealdad.

Pero, ah, es el *señor Hoé*, personaje del género ambiguo, que está llamado á desempeñar más adelante un importante papel en nuestras relaciones diplomáticas con Tuzane: una sotana de cura, una cara de mono, el nudo del moño muy alto y con un pañuelo encima como un viejo cuando se va á acostar. Hace *chintchinn* y la reverencia y dice: «Buenos días, señores», en francés, y como

ofreciéndose para servir de guía. Entonces lanzo mi barco á la arena y tocamos la orilla.

«Señor, el señor Hoé, antiguo alumno del Colegio de Adran, intérprete de S. M. Tu Duc», tales son los títulos que declina, después de siete nuevas reverencias (una para cada uno de nosotros). Nos tiende su mano de granujilla, llena de verrugas, con uñas de letrado chino que no se acaban nunca, y hele aquí sentado á mi lado.

El mandarín, á lo que parece, vive allá abajo: así es que seguimos nuestro camino por el río.

Hay sobre la arena que vamos bordeando guirnaldas de grandes árboles, rosas y tapices de esas flores de estufa, también de color de rosa, que llamamos en Francia *hierba doncella del Cabo*.

Los follajes tienen por todos lados esos matices claros brillantes que les gusta pintar á los chinos. Daturas, cactus, arbustos algo achaparrados, pero de una extremada frescura; cocoteros, plantados acá y allá como plumeros verdes; bambús delgados, pero más altos que árboles, conservando su delicadeza de gramíneas, inclinándose y cayendo con la misma ligereza que la avena loca.

En medio de aquella vegetación, muy bella al fin y al cabo, las casas parecen más sórdidas, los hombres más feos; unos hombres con moño y sotana que comienzan á mostrarse, á correr, para vernos.

Las cercanías de Tuzane se van animando. Horribles perros flacos gruñen detrás de nosotros. Puercos negros de aspecto muy despierto, se escapan á todo correr perseguidos por un rebaño de bueyes muy pequeños, rojos, jorobados como bisontes. Búfalos enormes con figuras de hipopótamos se ven entre las hierbas altas, bajando al ras del suelo los húmedos hocicos, los cuernos formidables, y nos olfatean y mujen, aplomados y prontos á embestirnos.

Ahora llegamos á una especie de arrabal; un conjunto de chozas de paja al borde de la orilla.

Señoras amarillas, de gran fealdad, salen y se adelantan hacia nosotros, mojándose los piés para vernos mejor. Están en traje de mañana y trenzan sus soberbias cabelleras negras, ásperas como colas de caballos, y afectan anudarlas ante nuestra vista en moños descuidados. Están mascando ho-

jas de betel y nueces de arek, y nos enseñan, bostezando con estudio, sus dentaduras de un negro de ébano (color que está de moda en Anam para la dentadura de personas elegantes, y que se obtiene por la aplicación artificial de una capa de laca).

Sin duda son las *vengadoras* de Tuzane..... Aquellas manchas en la cara, aquellas sonrisas llamativas, nos lo hacen sospechar desde luego, porque en todos los países son lo mismo.

El señor Hoé, preguntado, inmediatamente responde, bajando los ojos, que, en efecto, aquel es el barrio. Las designa gravemente con una palabra que era familiar á Brantofnie, pero que en su boca era inesperada y hace reír á los marinos. É insiste en la afirmación, con la vista baja y púdica: «Sí, señor, en verdad lo son; sí, señor, realmente lo son.»

Entretanto, 312, gaviero de mesana, tuteándolas á todas á un tiempo en un exceso de familiaridad, expresa así su impresión, en sordina, y entre sus dientes que son muy blancos:

—¡Con que hacéis gracias, so micas, con que os hacéis las interesantes! ¡Si yo fuera un macaco,

entonces sí; no digo que no!..... ¡Pero, como no lo soy, so micas, no hay de qué!

Entre aquellos arbustos tan verdes de la orilla, hay unos que producen ramos de flores blancas, de un blanco de marfil, de un aspecto lácteo de tuberosa; los otros están cubiertos de ramilletes rojos, color de llama ardiente, con pistilos muy largos formando haces, parecidos á cohetes chinos que estallan aquí y allá entre el verde.

Hay mariposas muy grandes, moscas extraordinarias que se pasean por aquellas flores; muchas mariposas negras, volando de través, en sobresaltos fantásticos, como si no les fuere dado dirigir sus alas, demasiado pesadas, que parecen ser de terciopelo.

Y aquel país huele á almizcle como toda la extrema Asia. A medida que se va penetrando en el interior se hace aún más fuerte aquel almizclado olor con todas las exhalaciones de plantas y de estiércoles humanos caldeados al sol tórrido.

Pasamos rápidamente por delante de los champanes de empinada proa. Cada uno tiene dos ojos pintados, y su parte anterior imita la cabeza

de un pescado. Toda la población de los pescadores está allá, guisando á bordo en hornillos de barro unos guisotes que apestan á arroz y á mariscos. Niños desnudos, amarillos de pies á cabeza, de cabellos largos, pululan en todas partes en aquellas barcas, colgándose en los remos, en las vergas, tomando actitudes desembarazadas, hostiles, para vernos pasar; los hay pequeñuelos; recién nacidos, que se presentan con los puños en las caderas, el estómago saliente, graciosísimos en su provocativo ademán.

El señor Hoé tiene la bondad de indicarnos una de las rarezas de la comarca que pace en la orilla derecha: un caballo. Éste es el blanco; según parece, existe otro que es negro (en Tuzane no se viaja más que en palanquín).

—Gracias, señor Hoé, pero ya hemos tenido ocasión de encontrar en otras partes animales de este género.

Las primeras casas de Tuzane pasan ante nuestra vista; la mayoría son cabañas de bambú, muy pequeñas, con tres fachadas nada más como los puestos de feria; de noche se cierran con bastido-

res móviles de roten; pero de día se ve todo lo que se hace dentro de ellas. En aquel momento la gente está ocupada en tomar con sus dientes teñidos de negro su primera comida de la mañana; siempre arroz y pescado en tazas de porcelana, en las cuales hay pintados diablillos azules.

Todos, al vernos, dejan de comer, nos miran con gestos de curiosidad é inquietud.

Nosotros vamos ahora muy despacio, porque nos divierte también á nosotros examinar toda aquella gente.

En el sendero que se desarrolla á lo largo de la orilla se ven ya algunos transeuntes. Todos llevan sotana estrecha, pero los colores varían; al lado del gris sucio, que es el color de los pobres, hay el violeta, el capuchino, el verde manzana, que parecen estar de moda para las personas de alto bordo. Los sombreros, que son de paja, exceden á todas las proporciones conocidas; los de las mujeres son chatos, con alas, como enormes pandere-tas; los de los hombres son cónicos y puntiagu-dos como gigantescas pantallas. A lo largo del río toda aquella gente, pisoteando las hierbas don-

cellas, marcha y marcha pensando en sus negocios y mostrando la inconsciencia de su ridiculez. Y en un punto dado todos se embarcan en balsas que les llevan á la otra orilla.

Volvemos á ver pasar pagodas y más pagodas, viejas diminutas, con sus feos adornos diabólicos carcomidos de vejez y de polvo.

Y luego, en un punto en que la orilla, algo más elevada, forma un talud verde, el señor Hoé nos detiene delante de un estrecho sendero que sube; entonces amarramos contra un barco chino nuestra blanca barquilla y saltamos á la arena.

En tierra se siente de pronto una impresión de calor más pesado; los bambús ligeros causan una sombra tamizada, temblorosa, de transparente chino, sombra caliente que no refresca ni consuela. Subimos algunos peldaños de piedra, y el pórtico del mandarín aparece ante nosotros; tiene pilones de estilo indio y está coronado por un mirador en que se ve una garita de vigía y un tam-tam.

Parece que todo el mundo está durmiendo en aquella morada, por más que el sol matutino, ya ardiente, todo lo inunda con su ardor implacable.

Henos aquí solos en un jardincillo ya viejo y extraño también. El adorno del centro es una de esas paredes cuadradas que están de moda en Anam, un bajo relieve muy antiguo, derecho sobre un pilar, representando ciervas jaspeadas y otros animales fantásticos, formados con placa de loza, complaciéndose debajo de árboles chinos cuyo follaje consiste en mosaicos de caracoles verdes. Senderos en miniatura se cruzan enlazándose. Hay flores frescas, hierbas doncellas del Cabo, abiertas en la arena, granados dobles, rosales de Bengala, que producen flores microscópicas manchadas de rojo sombrío. Se siente una pesadez producida por el silencio y el sol, viéndose sólo unas torpes mariposas negras que vuelan; mientras que en el fondo del jardín la casa sigue enteramente cerrada.

El señor Hoé llama, parlamenta y grita con su voz de mono. Entonces unos criados sórdidos, que parecen tener miedo, se apresuran á retirar todos los biombos de la fachada, y entramos en la casa, abierta ahora como un cobertizo profundo donde no hay nadie y donde todo está á media luz.

Pasamos revista al lugar mientras despiertan al mandarín. Cosas inmovilizadas desde no sé qué época lejana, objetos de ceremonia y de aparato, espantamoscas, quitasoles oficiales y palanquines colgados del oscuro techo entre polvo y telarañas. En un recodo que cubre un biombo, hay todo lo que hace falta para administrar justicia al pueblo de Tuzane; balanzas, taras, cepos, tenazas de madera dura para comprimir las piernas, aparatos para evocar los espíritus, rotens para castigar.

En medio de la habitación la mesa de honor al lado de la cual nos sentamos todos en bancos antiguos tallados, esperando siempre á aquel mandarín que no acaba de llegar.

Entra al cabo por una puerta del fondo, muy tembloroso y muy viejo, vestido con un traje de crespón azul de anchas mangas. Su cara es bella á pesar del achatamiento asiático de sus facciones. Sus cabellos parecen empolvados con nieve, y su barbilla áspera, cortada á estilo mongol, sale como un mechón de crines blancas de una máscara amarilla.

Se inclina mucho con ceremonioso *tchintchinn* antes de tomar mi mano, que le tiendo en señal de paz, y que él aprieta con un asombro medroso. Y luego, dando la vuelta á la mesa donde mis marinos están sentados conmigo, les da á todos apretones de manos que tropiezan con sus uñas largas en los pliegues de sus mangas pagodas. Después me mira, esperando lo que he de decirle.

La gran casa oscura se llena poco á poco de gente que entra sin hacer ruido y permanecen en pie para escuchar; muchos viejos, curtidos como momias (bajo vestidos miserables), de cabezas cuadradas, caras de hunos. Un grupo de chinos, con ademán cauteloso, se cuela hasta la primera fila, hasta nosotros. Se les conoce por su tez más pálida, su aspecto más afeminado, su larga coleta y la hermosa seda de su vestido. Por lo demás, muy mala gente, elemento de sedición en Anam.

Detrás de todas estas caras de Asia se distinguen, cada vez más claramente, en el fondo las cosas caducas y extrañas colgadas por todas partes, los tam-tam, los trajes hechos jirones, los palanquines en otro tiempo suntuosos, coronados

con monstruos de oro, roídos por el polvo. Y mis marineros, siempre sentados con un abandono de conquista, parecen más vivos, más anchos y más desenvueltos en medio de aquellos viejos muñecos de un mundo muerto.

Se produce un gran silencio cuando refiero la batalla de Thuan-an, nuestra victoria y nuestros tratados con el rey de Hué. El intérprete traduce despacio mis palabras; no se oye á nuestro alrededor más que el ligero movimiento de los abanicos y de los espantamoscas. Sin embargo, no se revela señal alguna de emoción en aquellos rostros atentos; por lo visto, tienen noticia de su derrota, que habrán recibido sin duda por los correos del rey. Tan sólo cambian señas, se guiñan los ojos, mueven sus chatas narices, como diciendo entre ellos: «Eso es; eso es lo que nos habían dicho; eso es lo que sabemos; su relación es, en verdad, muy verídica.»

Al fin, cuando llego al objeto de mi visita, el viejo mandarín comienza á atemorizarse de nuevo. ¡Ir á bordo de un buque francés!..... Esta idea le asusta.

Al principio discute un poco y luego suplica:

Iré á bordo, puesto que es necesario; pero no sólo con nosotros, en nuestra barca blanca, conducido como un cautivo. ¡Ah! no, esto sería lo que más le asustaría, lo que más le mortificaría. Para su seguridad y luego por decoro, por solemnidad, por conveniencia, preferiría, tales son sus palabras, ir una hora después que yo, en su propia embarcación con su séquito y sus quitasoles.

Respetando sus canas y su aspecto de sinceridad, acepto esta combinación y quedamos muy amigos. Entonces los concurrentes que no tienen ya nada que escuchar se retiran, hablando bajo y haciendo *tchintchinnes* y reverencias.

Entretanto nos han preparado un exquisito té que tenemos que beber antes de marchar. El mandarín nos lo sirve él mismo en tacitas de porcelana azul, que sigue llenando á medida que se van bebiendo. La bandeja cubierta de maravillosas incrustaciones de nacar representando mariposas é insectos, la tetera china y antigua, la candileja de cobre, son ciertamente ejemplares dignos de figurar en un museo; mas, para agitar el té, no dispo-

nemos más que de una sola cucharilla de plomo para los siete.

Nos dan á toda prisa cigarrillos puntiagudos y cónicos, pues ya nos hemos levantado para despedirnos. Y cuando el mandarín sale para acompañarnos por su jardinillo comido por el sol, á quien escolta por etiqueta un antiguo servidor, que lleva delante de él un quitasol negro parecido á los de los bajos relieves de Nínive, se siente pasar de pronto en las cosas, en el aire, como un recuerdo de yo no sé qué época atrasada del Asia antigua; la noción del siglo presente se pierde por un momento.....

Al final del sendero de bambús hay gente agolpada que nos espera para vendernos una porción de gallos y de gallinas, que tienen en tormento en jaulas redondas excesivamente pequeñas, y luego huevos, bananos, patos y limones. El señor Hoé nos dice: «Para comprar estas cosas se debe ir al mercado», es decir, al otro lado del río, hacia donde veíamos ir á todo el mundo.

Pasemos, pues, á toda prisa el río, mezclémosnos con la muchedumbre de Tuzane. Será cosa

entretenida, y luego, en nuestras instrucciones está mandado que llevemos á bordo, para los pobres enfermos, huevos, frutas y alimentos frescos.

Pero he aquí de pronto á 312, gaviero de mesana, que se arrepiente en el instante de sentarse á su remo. Se ha producido en su cerebro una ratificación repentina acerca del sentimiento que tenía sobre aquellas señoras hacía un momento, y ahora quisiera ir con mi permiso á hacerles una visita antes de dejar aquellas riberas; 216, gaviero de palo mayor, le acompañaría también de buena gana y por la senda florida se llegaría en seguida. —¡Oh! una visita muy corta, de modo que metiéndose en un champán cualquiera me alcanzarían.....

—¡Ah, no, lo que es eso no puede ser! ¡Esta galantería podría ser peligrosa y esto sería una lástima! Como tengo cargo de almas, lo rechazo, manifestando grande indignación. Embarquémosnos todos y de un salto pongámonos en la otra orilla.

El tal mercado es un hormiguero inundo.

Se celebra al aire libre en una plaza cuadrada.

A cada lado hay una doble fila de puestos cubiertos de paja, donde están sentados los vendedores. Y en el fondo una pared de pagoda con sus viejos y pequeños monstruos de porcelana.

Cocedores de té, que lo sirven hirviendo en tazas con diablillos verdes. Pasteleros, vendedores de figurones de porcelana, vendedores de estampas. Picadillo de carne, ofrecido en montoncitos colocados en hojas verdes, tortillas hechas con larvas de moscas; perros secos, curados, aplastados como bacalao; cerdos vivos empaquetados en rotens con una asa para cogerlos; objetos para uso de los dioses, velas encarnadas y barras de incienso. Gente sucia y llena de miseria.

En el cielo quema el sol. Y mendigos y mendigas acosan á la gente, tendiendo las manos; truhanes, tiñosos rascándose con destreza de micos; hombres llenos de úlceras malignas, con la cara comida, viejos sin labios, sin párpados, con un agujero á manera de nariz y oliendo á muerto.

Al principio se apartaban de nosotros con una especie de temor; pero ahora se acercan para mirarnos. Hay en esta muchedumbre extrañas caras

de niño, con bellos ojos vivos, estan desnudos y con un moño muy alto. Jóvenes, casi bonitas, con largos cabellos ásperos recogidos á la griega y miradas de gatita, pero todas con los dientes negros, mascando betel y cal, que les produce en los labios una baba colorada. Hombres púberes con el torso desnudo, esbeltos, airoso, con hermosas caderas de mujer siempre y en todo tiempo, feos después en la edad madura cuando crece su barba tardía: una docena de pelos largos, espesos, que caen á la manera del sauce llorón ó como el belfo de una foca.

Grandes sombreros inverosímiles ponen en la sombra todas aquellas caras: por todas partes caen bellotas como cordones de campanilla, adornados con dijes de nacar que representan invariablemente murciélagos. Cuando hace viento agarran cada uno de estos cordones para evitar que se lleve aquellos sombreros.

Entretanto nuestra falúa se llena poco á poco de las gallinas más grandes y de los más hermosos bananos.

Compramos como todo el mundo, pero pagamos

demasiado caro. Los gavieros se sacian de fruta, después de las grandes privaciones de á bordo, miran de cerca á las mujeres, las levantan los sombreros para verlas mejor. Por lo demás, están ricos; llevan varias filas de *sapeques* (una moneda agujereada que se enhebra por el centro) arrolladas á los riñones como rosarios. Entonces, en su alegría de hallarse en tierra y de comer tantos bananos, dan al azar lo que se les pide, dejan á las vendedoras que apunten ellas mismas las cuentas y tomen de su cinturón lo que les parece cuando son jóvenes y algo bonitas.

Todavía disponemos de media hora. Sin perdernos de vista unos á otros, vamos á visitar Tuzane rápidamente.

Y henos aquí errando en hilera, por senderos de arena bordeados de setos muy verdes ó de valladas de bambú. Aquí y allá tejados bajos desparados entre arbustos floridos y pequeños *arekiers* de palmas rizadas parecidos á ramilletes de plumas de avestruz en un extremo de hástiles de caña. Una vegetación amanerada, sin grandes árboles.

Tantas casas como pagodas. (Los marineros dicen: capilla de misa negra.) Viejas pagodas liliptienses, donde cinco ó seis personas no podrían caber con los ídolos que hay dentro. Para adornarlos parece que han tenido lugar en otro tiempo sueños infernales: se han pintado, se han grabado y esculpido en techos y paredes, fealdades y espantos de toda clase, guirnaldas de cárbos y de escorpiones, revoltijos de gusanos llenos de anillos que parecen blandos como larvas; largas orugas con uñas, con cuernos y miradas feroces; monstruos mitad perros, mitad demonios, riendo todos con la misma intraducible carcajada. Los soles devoradores, las brumas saladas del mar, los grandes hábitos destructores de los tifones han podido patinar todas aquellas cosas, agrietarlas, separarlas, pero á pesar de eso, han conservado, bajo el polvo gris de los siglos, un aire de vida intenso; se levantan, se retuercen, se erizan y miran con ojos bizcos del lado de la entrada como preparándose á saltar, en un paroxismo de furor, sobre el que se atreviese á venir.

Alrededor, viejos jardincillos de arena, donde

unas plantas completamente extrañas se agostan con la luz y el calor; cercados vacíos que encierran otros animales indefinibles haciendo gestos de muerte. Y siempre los mismos biombos de piedra colocados de pie al borde de los caminos y cubiertos de escenas diabólicas capaces de estremecer.

En el interior de estas pagodas se siente la vejez decrepita; el polvo, el salitre royendo los ídolos y las inscripciones de nacar de las paredes. En el sombrío santuario arde una lamparilla que alumbrá á medias regimientos enteros de monstruos con sus barbas roídas por los gusanos. Se siente un olor de incienso, de humedad de caverna, y en el fondo, sobre el altar, en la semi-obscuridad, Buddha, obsceno, gordo, suelta la carcajada y expresa su bienestar entre tortugas y garzas simbólicas.

Entramos en algunas de las casas que se presentan para ver lo que pasa allí.

Los habitantes están fuera, tal vez en el mercado. No encontramos más que viejos ó niños que se esconden dejándolo abierto todo detrás de sí, ó solamente perros flacos que nos olfatean y luego se

van con la cola entre piernas gruñendo de miedo.

Todas aquellas casas que no tienen más que tres lados se parecen. La familia se acuesta en el fondo en cierta especie de estrados, tapados con transparentes de junco pintarrajeados, y en medio de todo, en el puesto de honor, detrás de un transparente particular, los buddhas de la familia están sentados en una hornacina; rodeados de todo cuanto hay de mas precioso en la casa: floreros, pantallas, gongs pequeñitos y campanillitas.

Los marineros, que en nuestra excursión van de una parte á otra, á derecha é izquierda, se entretienen buscando frutas y mujeres, me llaman de pronto, muy conmovidos para que vaya á ver. Han descubierto una casa de rico que dicen que es muy bella.

Todo está muy oscuro en casa de este rico. Las columnas macizas que sostienen el tejado son de madera fina y están cubiertas con delicadas esculturas, se ven en el fondo cornisas caladas, verdaderos encajes de sándalo, ébano, caoba, realizadas con oro; y luego inscripciones doradas en grandes bastidores de laca. Hay una gran cantidad de co-

sas buenas colgando de las complicadas vigas del techo, jamones curados, perros prensados, patos prensados también, pescados secos, y luego otros animales extraordinarios imitados con ramas de árbol que se han retorcido en forma de garras y con raíces á las que se han puesto ojos. El aposento de los buddhas no puede menos de ser muy notable en aquella mansión, y los gavieros familiarizados, como ya lo están en veinte minutos con las costumbres del país, se van derechos á levantar el transparente del centro para ver á aquellos dioses que deben estar detrás.

Entonces aparecen sentados en semicírculo y brillantes en su fino oro. El brasero donde arde su incienso es de una forma religiosa exquisita con asas muy altas. Alrededor de ellos hay pantallas incrustadas con nácar verde y rosa; colas de pavo en floreros azules y gongs de plata para excitar su atención cuando se les reza.

Un anciano con moño blanco, asombrado al vernos, sale de un rincón haciendo reverencias hasta el suelo, pareciendo como que pide merced con sus pequeños gritos lastimeros. Es sin duda el rico á

quien pertenece todo aquello. Para tranquilizarle, á 312 se le ocurre decirle «buenos días» en francés y en bretón, y luego volvemos á bajar el transparente de los dioses y nos vamos para no prolongar más su inquietud.

Fuera vuelve á herirnos aquella gran luz, más brillante aún. Bajo nuestros sombreros blancos sentimos como un fuego que hace arder nuestras sienas ó un dolor profundo que, en momentos dados, se apodera de toda nuestra cabeza. Y siempre aquel mismo olor de almizcle y de estiércol, imposible de respirar, arrastrándose por el aire.

Los gavieros me siguen más agrupados, con un andar más lento, dominados poco á poco por el calor que va aumentando á medida que crece aquel sol de muerte. Sus pies descalzos se queman en la arena y desgarran con las espinas de las plantas.

Arrancan al azar, de un tirón, de los cercados verdes, algunas flores desconocidas, se las colocan en su camiseta ó las arrojan después de haberlas ajado como los niños. A veces, por detrás de los barrotes ligeros de las empalizadas, aparece

una cabeza gris gruesa, el pescuezo estirado de un búfalo que nos olfatea inmóvil y estúpido, echando humo blanco por sus húmedas narices.

Y siguen los monstruos de porcelana encaramados en las esquinas de las pagodas, dirigiendo siempre la intensa mirada de sus ojos de cristal, como proponiéndose lanzar en el silencio de aquellos caminos y de aquel sol los misteriosos espantos chinos. Dícnos al paso el profundo abismo que separa de nosotros á los hombres y á las cosas de su país; las tinieblas diferentes de que procedemos, las diferencias poco tranquilizadoras de nuestros primeros orígenes.....

Cuando volvemos á vernos en medio de las tiendas y de los vendedores, nos acogen esta vez como amigos que regresan; esto es más de lo que pedimos, y por algunos *sapeques*, repartidos de cualquier modo, los mendigos también se ponen á hacernos cortejo. Antes de marchar, deseamos ver aquella pagoda, una de las mayores de Tuzane, que está en el mercado, y entramos seguidos por la multitud.

Está casi vacía, como al día siguiente de un sa-

queo. Algunas armas de ceremonia penden todavía de las paredes; armas antiguas complicadas, malas, con dientes, con carcajadas, recordando siempre, como todas las cosas chinas, las formas y las contorsiones de un animal. Y el señor Hoé nos confía que, por razones políticas, se pasó el día anterior quitando los buddhas, los vasos y todos los ídolos; ocultándolos muy lejos, en el campo.

Un tam-tam, verdaderamente enorme, ha quedado en un rincón, y los gavieros me piden permiso para tocarlo, con objeto de ver el sonido que produce. Pues claro está que lo permito, puesto que á mí mismo me agrada oír un poco de música.

¡Bum! ¡bum! ¡bum! ¡bum! á cada golpe, que es espantoso y que aturde. Todos salen de sus tiendas y vienen corriendo para ver lo que ocurre. Y se agolpa la gente á nuestro alrededor, tanto cuanto en Tuzane puede agolparse. ¡Vámonos!

Pero nos acompañan; toda la plebe de los mendigos se ha agregado á nosotros. Los rostros carcomidos, los tiñosos, las buenas mujeres sin nariz, todos nos siguen, nos tiran de las mangas, se agarran á nosotros. Aquella primera distribución

de sapeques nos ha perdido. Ahora se los echamos á puñados sin contarlos. Es una derrota: rodeados, palpados, abrazados, sintiendo que andan en nuestras manos otras manos sucias, ladronas ú obscenas; huimos arrimándonos unos á otros, ocultando nuestras manos por temor á los contactos, no atreviéndonos á pegar por piedad y por asco; no atreviéndonos tampoco á mirar; huimos arrebatados por un torbellino de gritos y de gente.

Felizmente allí está nuestra barca. Saltamos á ella. «¡Fuera!» Y todas aquellas cosas retroceden con un murmullo que se va apagando, el mercado desaparece detrás de los bambús de la orilla. Ya estamos tranquilos en el agua corriente que nos arrastra. ¡Todo acabó ya!

Allá abajo, las mismas bellas de por la mañana se encuentran en la orilla. Esta vez intentan enseñarnos patos y bananos para atraernos mejor, para hacernos creer que son vendedoras; pero tampoco esto les da resultado. Entonces, una de ellas, despechada, nos tira un huevo muy grande de gallina, que se aplasta en las espaldas del 315, gaviro de bauprés.

—¡Oh! señora, qué mal educada está usted.

Llegamos á la barra, á la pagoda que guarda la entrada. El sitio está silencioso é inundado de luz. La antigua guarida diabólica, inmóvil sobre su arena, en su cercado de acíbar, nos envía al paso los mismos gestos, las mismas carcajadas feroces; luego la rada se abre ante nosotros en toda su magnitud; una superficie de agua de un azul pálido esplendoroso, un inmenso espejo del sol, donde ni un soplo de aire se mueve. No quedan rastros de aquellas nubes que la obscurecían al salir el sol; se han pulverizado en el aire ardiente, se han fundido en él. Las montañas lejanas que avanzan en el mar para formar los cabos, son tan agudas, están cortadas con tanta regularidad, que tienen un verdadero carácter chino; pero parece que han disminuído, que ellas también se han fundido ante la claridad que ahora brilla, y que, por el contrario, la rada ha crecido. Y nuestro barco está muy lejos desgraciadamente, se advierte en lontananza su silueta gris, aumentada por el espejismo. Dos horas de camino á remo en aquel mar caliente, con aquel sol terrible que si-

gue subiendo, será mucho para los brazos de mis pobres gavieros, por más que sean duros y templados.

¡Pero cómo se ha poblado aquella rada que estaba vacía cuando la atravesamos á la ida!... Nos asombra ver una multitud tan grande de champanes de pesca, que salpican aquel azul como enjambres de moscas. ¿De dónde ha podido salir todo aquello? Los pescadores, con el torso amarillo á la luz del día, la cabeza negra por la sombra del sombrero pantalla, trabajan de prisa, con una actividad inverosímil de fantoches movidos por un resorte. Sus redes rojas, lanzadas sin esfuerzo, se levantan de minuto en minuto, siempre llenas de peces saltadores, que á lo lejos brillan como polvo de nácar.

Y luego, ¿qué será aquel enjambre de animales extraños que ha venido á colocarse allá abajo, sobre el espejo de las aguas, al pie del cabo Kien-Cha? Sin duda la escuadra de champanes Reales encargada del arroz de la Corte, que esperaban en la isla de Hainan. Por las señas no puede ser ninguna otra cosa; animales de alta mar, con largas

alas roca matizadas de amarillo, alas de murciélago en unos recortes fantásticos de membranas estiradas, alas graciosas de mariposas en otras, con un grande ojo en medio para terminar la semejanza. Tienen los chinos un sentimiento tan intenso de la animalidad, que les es imposible en lo que hacen libertarse de las formas vivas. Acaban de llegar y de fondear, y recogen poco á poco sus velas con una cansada lentitud. Su color rojizo destaca sobre aquellos azules claros llenos del reflejo del sol; la distancia y el espejismo les prestan el aspecto más extraño, parecen grandes y ligeras.

¡Ah! ¡qué amigos tan valerosos aquellos gavieros, sin debilidad, sin murmuración, sin miedo! No toman más tiempo que el necesario para echar un trago del vino que les he dado, para quitarse la camisa á fin de estar más cómodos, y luego animándose los unos á los otros, helos lanzados á cortar el agua con todas sus fuerzas bajo aquel sol que quema. Poco á poco las puntas de arena se van cerrando y recubriendo, y la pequeña ciudad inverosímil desaparece por completo detrás de las

dunas bajas, que á su vez se aplastan y se confunden para no formar tampoco más que una línea; estamos en medio de aquella extensión reflectora que nos devuelve por debajo, deslumbrándonos, todo el sol que cae de arriba.

Detrás de nosotros, un gran champán ha salido del río, con pabellón agudo con rayas rojas; y se ven gentes con largo vestido y quitasoles. Es el Mandarín que viene á bordo, fiel á su promesa. Vamos, por lo menos, nuestra misión quedará bien ejecutada.

Sobre la superficie pálida del mar comienzan á dibujarse ahora fajas mucho más azules, parecen correr al ramificarse; se estiran como colas de gato, como ocurre en el cielo con esas finas nubes estiradas que anuncian viento. Es que se levanta brisa..... Al principio no se sienten más que pequeños soplos intermitentes, que vienen á agitar nuestra tienda blanca, que mueren y luego renacen.

Pero pronto vemos la rada entera invadida por esa tinta más oscura que se ha extendido, como hubiera ocurrido con una inmensa mancha de

aceite, la rada está toda ella rizada con estrías azules; la brisa sopla débilmente y nos sentimos revivir.

En los champanes de pesca, inertes ha un momento, se ve ahora una agitación general; han recogido las redes, y unas arboladuras exageradas y extravagantes salen de todas partes como por encanto, largas patas articuladas, astas retorcidas, entenas larguiruchas. Abrense, unas tras otras, multitud de velas de esterilla, afectando todas las formas conocidas de alas. Las de en lontananza se asemejan por completo á gaviotas, cárabos, mariposas, como si una hada con una varita hubiera hecho que se abriesen á un tiempo todas aquellas crisálidas adormecidas. Y la asombrosa población se anima, se levanta, se pone en camino alegremente hacia las pesquerías de alta mar.

La brisa sigue refrescando. Champanes hay que van completamente inclinados bajo su velamen loco; para mantener el equilibrio los tripulantes se encaraman hacia fuera, en el extremo de arcos de madera, agachados como monos. Pasan muchos á izquierda y derecha, rozando con nosotros, otros

nos cortan el camino ligeros, ruidosos, dejando apenas en el agua estelas blancas.

Nosotros también hemos recogido el remo y hemos sacado todo el trapo posible. Filamos bastante á gusto y respiramos aquella brisa salvadora—un poco contrariados, sin embargo, de sentir que nuestra marcha es casi pesada en medio de todas aquellas cosas que vuelan.....

---

## II.

30 de Agosto de 1883.

..... Al despertar, miré el fresco musgo sobre el cual había dormido. Se parecía á los musgos franceses, y había también gramíneas finas, que recordaban las de los bosques familiares donde viví de niño, á la sombra de grandes robles, sobre un suelo pedregoso favorable á los matorrales.

Todo aquello pasaba al pie de una pequeña pared, en un recodo muy sombrío.

Y no había tampoco nada extraño al pie de aquel muro sobre el cual se apoyaba mi cabeza: era como los de las casuchas de nuestras aldeas; en otro tiempo, blanqueado con una capa de cal al estilo campesino; ahora todo verde con helechos en los agujeros..... Sin duda era alguna cabaña abandonada, aislada en medio de una región poblada de árboles. (Se adivinaba que alrededor de uno había profundas espesuras de verde.)

Y tuve la sensación completa durante dos se-